



GUEORGUI GOSPODÍN OV
ACERCA DEL ROBO DE
HISTORIAS
Y OTROS RELATOS

Traducción del búlgaro de María Vútova

IMPEDIMENTA

LA OCTAVA NOCHE

Cierta noche, su bisabuelo salió a pastorear sus ovejas lejos del pueblo, en un prado resguardado al lado del bosque. Se estaba quedando dormido cuando, pasada la medianoche, la hora de las brujas, algo le empujó el hombro por detrás. Al instante se quedó mudo y sordo de horror. No había nadie detrás de él. Alguna oveja debió de moverse y rozarle la espalda. Pasó el resto de sus días sumido en la sordera y el mutismo.

De niño, esa historia siempre le hacía reír. Una oveja.

Más tarde, solía contarla como la cosa más aterradora que había oído nunca. ¿Qué demostraba, en efecto? Que la muerte no lleva una marca en la frente. Una oveja...

Una tarde volvía a casa del trabajo, como de costumbre. Por aquel entonces, ya le atormentaba la idea de que estaba perdiendo el oído poco a poco. A veces le ocurría que no podía oír el reloj, el teléfono o las palabras pronunciadas en voz baja. Los amigos incluso empezaron a bromear con ese miedo suyo. Abrió la puerta, el tufo de tres ceniceros llenos a rebosar de colillas le golpeó desde el interior (la noche anterior había invitado a unos colegas), se tumbó en el sofá y encendió la radio situada junto a su cabeza. La radio se iluminó, pero no emitía ningún sonido. Enseguida encendió el televisor; desde él una mujer leía las últimas noticias del día, pero no se oía nada. No se oía nada. Nada...

Y justo entonces, un instante antes de morir de terror, oyó con toda claridad las palabras *¿Finges que no me oyes, zorra?*, procedentes de algún lugar del piso de arriba, donde el vecino borracho pegaba regularmente a su mujer. Fue una revelación. El hombre subió el volumen del televisor y oyó claramente a la presentadora desearle *buenas noches*. Entonces recordó que el sonido apagado no era más que una broma de sus invitados de la noche anterior.

Sietes meses después, de verdad se quedó completamente sordo. Como de broma.

*

Señoras y señores:

En el decurso de mis muchas, de mis demasiadas conferencias, he observado que se prefiere lo personal a lo general, lo concreto a lo abstracto.

Así comenzaba el señor Jorge Luis su séptima conferencia nocturna, refiriéndose a su «modesta ceguera personal». Este hombre demostró ser muy visor al elegir la ceguera como tema de su séptima noche y, en mi opinión, como tema de todas sus noches previas y posteriores. La ceguera, señoras y señores, como ustedes mismos adivinarán, otorga muchas prerrogativas a quien hace uso de ella. Al contrario que la sordera, dicho sea desde la modestia de mi propia sordera personal y parcial, de la que les hablaré en esta octava y extraordinaria noche de nuestro seminario que felizmente está tocando a su fin.

Y bien, demasiado tarde comprendí que somos nosotros mismos los que, a lo largo de nuestra vida y con una insistencia inexplicable, reclamamos las desgracias que el destino (o el nombre que ustedes quieran dar a esa instancia) nos concede en su infinita generosidad. Recuerdo un juego que inventamos de niños, en el que había que elegir entre dos males. ¿Preferirías perder una pierna o un brazo? Naturalmente, uno prefería conservar la pierna, aunque ahora no podría explicar a qué se debía dicha naturalidad. Otra elección desesperante era escoger entre el ojo y la oreja. ¿Qué preferirías que te ocurriese: quedarte ciego para siempre, o estar sordo de por vida?

Diecinueve años después, al perder por completo la audición en un oído y parcial pero progresivamente en el otro, fui consciente de la cruel soltura con la que antes había elegido la sordera.

Señoras y señores:

Ahora, traten de recordar si no han deseado alguna vez poder consumirse lenta e inexorablemente, afrontar con dignidad y fingida indiferencia lo que está por venir, dejar una irresistible impronta con sus últimas palabras, una lágrima en el ojo universal, derramada esta vez por ustedes. Pues bien, este deseo se cumplirá, señoras y señores. Dios escucha todas nuestras súplicas, aunque rara vez distingue entre el bien y el mal.

En fin, después de haber elegido la sordera en su día, durante muchos años intenté corregir lo incorregible, librarme de ella. El diagnóstico fue *neuritis acusticus* acompañada de un zumbido constante en los oídos, pérdida progresiva de la audición y posibles trastornos consecuentes en el aparato vestibular. Los médicos a los que consulté a lo largo de todos esos años se dividían en dos categorías: sinceros y prometedores. Los primeros: *A estas alturas, ni Dios puede ayudarle*. Los segundos: *Las terminaciones neurosensoriales son realmente difíciles de regenerar, pero disponemos de un amplio registro de neuromediadores, vasodilatadores y fármacos que ayudan a la circulación. El cerebro humano es...* Naturalmente, elegí a estos últimos a pesar de su dudosa logorrea. Así, sometí a mi cuerpo a largos procedimientos con fármacos que cambiaban

constantemente, eran cada vez más agresivos y, por tanto, cada vez más frustrantes a posteriori. Para mí eran más bien una retahíla de nombres. Persuadiéndome de que precisamente en los nombres radicaba su fuerza, los incorporé a extrañas prácticas meditativas repitiendo hasta el infinito: *nivalin, duzodril, dibazol, tanakan, betaserc, vastarel...* Y otra vez: *nivalin, duzodril, dibazol...* Los pronunciaba en voz alta para que pudieran penetrar directamente en el oído externo, atravesar el oído medio (*auris media*), deslizarse por la trompa de Eustaquio, pasar ilesos por el martillo, el yunque y el estribo y facilitar sus fonemas sanadores a la intrincada estructura del oído interno (*auris interna*). Allí, al inicio del laberinto membranoso, yacía, como el Minotauro, un caracol (*cochlea*), al que también había que sortear, sin matarlo, para acceder por fin al órgano de Corti que albergaba las células muertas del oído. Era allí donde debía producirse la milagrosa resurrección. Pero, al parecer, la energía fonológica de aquellos nombres no era suficiente. Entonces recurrí a denominaciones más exóticas, alternativas a las susodichas, como *ginseng* con jalea real de las montañas de China septentrional, *mumiya* de Mongolia, aceite de oliva griego calentado y cristales de incienso, hasta la boñiga de vaca seca (calentada) tan familiar en mis latitudes geográficas. Me remonté al siglo XVII y, hurgando en un libro de remedios me topé con lo siguiente: *Si el oído está gemebundo, maja unas hojitas tiernas de zarzamora, mézclalas con miel y*

aceite de oliva, caliente y añade unas gotas de manteca de oca... Y otro, aún más categórico: *En caso de sordera: sangre de cabra y grasa de pato, las bates y las viertes en la oreja.*

Señoras y señores, la enfermedad nos convierte en niños y nos hace correr detrás de cada cometa. Cuando llevaba siete años con un tratamiento condenado al fracaso, tiré la toalla y me entregué a sus brazos. Nadie hasta entonces había deseado mi cuerpo durante tanto tiempo, y ya no podía rechazarla más. Mi oído se recogió en sí mismo, en el interior de su propio cuerpo, y sin que nada ya lo molestara siguió emitiendo sus propios ruidos. Si presionan la concha de un molusco o de un caracol contra su oreja, se harán una idea fugaz. ¿Captaba el oído algo imperceptible para cualquier oído sano, o las extrañas metamorfosis de la enfermedad lo habían transformado de receptor en generador de un nuevo idioma, un nuevo lenguaje, en un oído parlante?

De este modo, el oído, señores, da la espalda a la sociedad como un chulo cualquiera, como un *dandy* aburrido de la vida, como un romántico atenazado por la pena universal. Se cierra, señoras, como aquellos tulipanes que recogen su corola al atardecer y cuando hace mal tiempo. Esta abertura corporal se torna un escudo, un escudo blando y rosado, un corsé para nuestra paz interior.

Me di cuenta de algo más: la pérdida del oído devuelve el mundo a fronteras cercanas y visibles, a la

pretelecomunicación. El teléfono y la radio se vuelven inútiles; el sordo pierde el sonido invisible. El consuelo está en un mundo nuevo, al alcance de la vista, cuyas fronteras llegan hasta los labios, las expresiones faciales y los gestos. Entonces, señoras y señores, el ojo se convierte en el auténtico oído.

Observando fijamente los labios que articulan con claridad, el ojo capta el sonido en el momento mismo en que nace, en el instante en que sale del útero y toma posesión de un cuerpo fugaz o, más bien, de sus contornos que se desvanecen.

Así, el ojo capta la o bien redondeada, la e ligeramente aplastada, las explosiones bilabiales de la be, la pe, etc. Un ojo-oído, un odo o un ojido.

Una noche, poco después de renunciar a todo tratamiento y cuando aún disponía de cierta audición residual, decidí entregarme a la recopilación de sonidos que debía oír a toda costa antes de quedarme completamente sordo. Una especie de mina de oro, una colección completa de grabaciones que la memoria podría reproducir en las largas horas de sordera. He aquí una pequeña parte de la LISTA DE COSAS QUE HAY QUE OÍR:

Lluvia otoñal sobre huertos de manzanos.

La respiración de una pareja durante su primera noche.

El sonido de una sandía demasiado madura reventando.

El chorro de un hombre que orina.

El susurro de la seda al escurrirse.

El lánguido zumbido de las moscas en una casa de campo sobre las dos de la tarde.

El estertor del cerdo recién sacrificado ahogándose en su sangre.

El tintineo de una cucharita en una taza de porcelana con té de Ceilán.

El bostezo de mi padre antes de acostarse.

El siseo de una lagartija deslizándose entre las fresas.

El borboteo de una olla en una estufa de leña.

El rascar de un lápiz duro sobre la hoja de papel.

(...)

Y, por último, qué más podría añadir, señoras y señores, salvo que el sonido de los aplausos protocolarios no entra en la lista que acaban de conocer. Mi oído ya se niega a reconocer ese sonido y mi ojo solo ve palmas que se juntan y se separan.

Ya es hora de despedirme y retirarme al Shahriar, el hotel que los atentos anfitriones de este seminario han tenido la amabilidad de ofrecerme. Al fin y al cabo, todos estamos aquí para intercambiar historias y pagar nuestra estancia.

Una noche, al comprender que perdería definitivamente el oído, decidió hacerse con un gato. Había leído que los gatos tienen una sofisticada estructura auditiva y otros sentidos afinados. Se pasaba el día en-

tero observando al gato erguir las orejas en dirección a unos sonidos que eran ya inalcanzables para él, y así se sentía tranquilo y a salvo de sorpresas. Le gustaba decir que el gato era su perro. Pasó el tiempo y el hombre empezó a imaginarse que aquello no era un gato sino su propio oído perdido. En lugar del gato veía una gran oreja ronroneando, la suya propia.

Una noche, ese hombre desapareció de repente junto con su gato y nadie volvió a verlos nunca. Durante un tiempo, los vagabundos contaban horrorizados que un hombre con cabeza de gato —o, más bien, un enorme gato con cuerpo humano— deambulaba entre los contenedores de basura y en los sótanos. Pero nadie creyó esas historias y pronto todo cayó en el olvido.

EL HOMBRE DE LOS MUCHOS NOMBRES

*Solo las jugadas baldías
son ganadoras.*

GAUSTÍN

Nadie en la pequeña ciudad sabía de dónde había venido ni cuál era su verdadero nombre. Elegía sus nombres en función de lo que hacía. Habían transcurrido unos veinte años desde el día en que amaneció en la ciudad. Algunos aseguraban que, al principio, cuando era más normal, le habían oído decir que su nombre de nacimiento era Gaustín. Sin embargo, Gaustín no significaba nada para los lugareños, que lo habían rebautizado como Gosho, Gosho el Centro. Y es que siempre podías cruzártelo por el centro. Era de esos locos mansos e inofensivos que había en todas las ciudades por aquel entonces, como si los asignaran por cupos. Se rumoreaba que en su juventud se había vuelto tarumba de tanto leer

(todos coincidían en que aquello era una razón válida para volverse tarumba). Sabía griego y latín y se comentaba que había leído todo lo que se había escrito en esas lenguas. Estos eran los rumores que recorrían la pequeña ciudad, y así se explicaban los demás que ellos gozaran de tan buena salud y conservaran sus capacidades intactas.

A Gaustín, o Goshō el Centro, aparte de por la plaza, le gustaba pasearse por el mercado (él lo llamaba la plaza de abastos) y filosofar sobre diversos asuntos. A menudo, a su alrededor podían verse pequeños grupos que se divertían escuchando sus extraños discursos. La gente del pueblo le tenía cariño, le invitaban a tomar algo, y él recompensaba sus invitaciones con un nuevo coloquio. Vivía de ello y no le daba miedo pasar hambre. Hasta hace poco aún se recordaban en la ciudad sus discursos sobre la mosca y el gusano, que eran los dos ángeles celestes de la inmortalidad y del ciclo eterno de la vida. Porque su ingrata labor consistía en devolver toda la carroña a la tierra, descomponer lo orgánico en inorgánico; y, como todo el mundo sabe, lo inorgánico es lo impercedero.

También era célebre su coloquio sobre la rosa: no era casualidad que no llegara a la estatura humana, pues si el hombre quería olerla, debía agacharse, es decir, inclinarse ante ella. «¿Sabéis —preguntaba— ante quién se inclina una persona cuando se inclina ante una rosa?» Y si alguien se apresuraba a responder

«Pues ante quién va a ser, se inclina ante la rosa», él preguntaba de nuevo: «¿Y se inclina solo ante esa rosa o ante todas las rosas del jardín, o acaso ante una rosa ideal que existe en alguna parte?». Y tras dejarte del todo desconcertado, confesaba que él tampoco conocía la respuesta, pero que había que buscarla con ahínco. Y podría resultar que, cuando te agachabas para oler la rosa, te inclinabas ante el jardinero que cultivó la rosa, pero también ante Aquel Jardinero que cultivó tanto la rosa como a su jardinero.

Así hablaba, y de una sencilla flor podía llevarte adonde quisiera. La gente no se molestaba en prestarle mucha atención, tampoco es que entendieran todo lo que decía, pero percibían que no debía de ser ninguna tontería.

Cuando le preguntaban si realmente se llamaba Gaustín, respondía que a veces, los días de mercado, su nombre era Sócrates. Y explicaba de buena fe que, según un tal Crátilo, los nombres eran correctos por naturaleza, si bien ese mismo Crátilo ignoraba que la naturaleza nunca era una sola y que, dependiendo de esas muchas naturalezas, una misma cosa podía adquirir muchos nombres. O algo parecido. Nadie era capaz de recordar y transmitir con exactitud sus palabras.

En ocasiones, Gaustín, Goshō el Centro o Sócrates se sentaba en el bordillo frente al mercado cubierto, sacaba una libreta estrujada y un lápiz tinta mordisqueado, lo humedecía con saliva hasta que la lengua

se le volvía azul y garabateaba algo en la libreta. Y si en ese momento alguien le preguntaba «Oye, Sócrates, ¿qué estás escribiendo?», él respondía sin alzar la cabeza: «Mientras escribo ya no soy Sócrates, sino Platón».

Esa era la clase de cosas que solía decir. Con lo cual tampoco es que brindase mucha información a los ciudadanos. Para ellos, Platón era un asunto vago y confuso, y los más instruidos solo lo asociaban al amor platónico, algo que reprobaban firmemente.

Y si alguien le sorprendía pescando en el río, perdida la mirada en las turbias y perezosas aguas del Tundzha, y le preguntaba, por ejemplo, «Oye, Gaus-tín, Goshó, Sócrates o Platón, ¿pican los peces?, ¿pican?», él respondía con calma:

«Cuando estoy junto al río, mi nombre no puede ser sino Heráclito.»

Y añadía que ningún hombre podía sacar dos peces del mismo río.

Definitivamente, ese tipo cambiaba más a menudo de nombres que de ropa, pues vestía el mismo jersey en invierno y en verano, y siempre andaba descalzo. Al menos allí los inviernos eran suaves. Su barba, todavía negra, crecía a su antojo, y eso que en varias ocasiones los agentes de la Milítsiya² se la habían ra-

2. La Milítsiya fue el Servicio Administrativo del Estado para el mantenimiento del orden y la seguridad en la URSS y en la mayor parte de los países del bloque del Este en el período 1944-1990. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora.*)

surado por infringir las normas de decencia pública, aunque pronto también ellos tiraron la toalla. Por las noches no dormía, sino que seguía con sus interminables paseos por la plaza, bajaba al puente del parque, vagaba junto al río y, si no tenía con quién conversar, les soltaba discursos a las ranas.

En Nochevieja siempre era Diado Mraz³ (más tarde, por poco tiempo, también Papá Noel). Los del Ayuntamiento lo vestían con un traje rojo confeccionado a partir de un edredón, le calzaban unas botas, le espolvoreaban algo de serrín en la barba, y los niños corrían a sacarse una foto con él. Durante unos días podía lucir su nuevo traje y su nuevo nombre, y la sonrisa no se le borraba de la barba. El narrador de esta historia también está orgulloso de poseer una fotografía similar de su infancia. Y esa fotografía es del último año en que el hombre de los muchos nombres fue Papá Noel. Una semana después lo encontraron ahogado en las frías aguas de enero del Tundzha. Pero de eso hablaremos al final. Hace unos años, un amigo de la familia, el doctor Asazov, me contó la siguiente historia, en la que también participaba el hombre de los muchos nombres. Transmito aquí el relato del doctor (él también fue uno de los protagonistas), tal y como lo apunté aquella noche.

3. Diado Mraz, o Abuelo Escarcha, es la versión búlgara de Ded Moroz, abuelo de barba blanca que trae regalos a los niños en Nochevieja, y cuya imagen procede de la mitología eslava.

Nos habíamos reunido donde Homero la primera noche del año nuevo para pasar la resaca. Homero regentaba un bar en una cochera, que había bautizado con el nombre de «Ilíada», y en la entrada tenía un viejo escudo cincado de Aquiles, rescatado de la utilería del teatro, que se parecía más a la tapa de un tonel para hervir los tarros de compota, pero esa es otra historia. Un alma lírica. De ahí le viene el nombre. Se había hecho tarde y quedábamos solo tres personas en el garaje: Homero, un amigo editor de la página humorística del periódico local, que también era epigramista, y yo mismo. Bebíamos de a poco, charlábamos, yo me había puesto a contar una historia cuando Sócrates entró en el garaje. Le había dado por llamarse así aquella noche, y así le llamábamos. Enseguida lo invitamos a nuestra mesa, le pedimos un vino tinto, le dimos un tenedor y él mismo propuso que esa noche, como éramos cuatro, montásemos un simposio. Homero quiso protestar porque odiaba a los comunistas con todos sus congresos y simposios, pero Sócrates le explicó que *simposio* era una palabra griega que venía a decir algo como una reunión de varias personas que beben y charlan, y además podía entenderse como festín. Enseguida accedimos y dio comienzo el festín. Sócrates nos asignó nombres a todos. «Tú serás Erixímaco», me señaló. «¿Quién es Erixímaco, amigo Sócrates?», le pregunté. «Un médico, como tú», respondió a secas. A continuación, dio a nues-

tro amigo el satírico el nombre de Aristófanes, que le sentaba realmente bien, y a Homero, es decir, al dueño, le concedió el nombre totalmente desconocido de Agatón, porque así se llamaba el anfitrión del banquete de Platón.

Puesto que cuando llegó Sócrates yo ya había empezado a contar una historia terriblemente embarazosa de mi infancia, se optó por que la acabara, y después cada uno tendría que contar la historia de su primer bochorno, o la historia personal de su primer naufragio, según lo expresó Sócrates. Les advertí que la mía era algo repugnante y no muy apropiada para la mesa, pero insistieron en que la contara. Y empecé:

De niño odiaba los pepinillos en vinagre. Y los odiaba por una sencilla razón: porque cada vez que venían invitados mi padre me mandaba al sótano a sacar pepinillos del gran bidón para acompañar el aguardiente. No os podéis imaginar el miedo que pasaba.

Pues bien, por aquel entonces, nuestra familia fue invitada a cenar a casa de unos peces gordos de la ciudad, muy importantes por su conexión con el Partido y por otras muchas conexiones. Recuerdo que mis padres empezaron a prepararse para la dichosa cena desde la hora de comer. Mi madre se cambió tres veces de vestido hasta elegir el que mejor combinaba con un broche, mi padre se rasuró dos veces a contrapelo, se cortó debajo

de la nariz y estuvo maldiciendo en el baño, y a mí me pusieron el traje con el que tocaba en la orquesta en las fiestas del cole. Casi nos pilla el toro. Por fin llegamos, llamamos al timbre, que entonó «Katyusha» hasta la mitad, y entramos. No voy a hablar del ambiente que se respiraba dentro ni de los enormes sillones de cuero. Noté que mis padres también estaban nerviosos. Pero me olvidé de todo cuando vi a su hija. Una increíble criatura rubia, vestida de rosa, casi digo de rusa, que encima se llamaba Zinaida. Nos sentaron en la mesa con los mayores, en un extremo, y nos sirvieron dos platos con pepinillos en vinagre y zumo de guindas, y la madre de Zinka dijo que nos entretuviéramos solos. Yo era tan tímido que no dije ni mu y me limité a atiborrarme mecánicamente de pepinillos; al menos era una excusa para mi hosquedad. Sabía que no se hablaba con la boca llena. No notaba en absoluto el sabor de los odiosos pepinillos. En un santiamén vacié el plato. Me preguntaron si quería más y me limité a asentir. No recuerdo cómo vacié el segundo y luego el tercer plato. Zina me observaba estupefacta y, según me pareció, impresionada por mi destreza. Mi padre me lanzó varias miradas inquisitivas, mi madre intentó explicar que a mí nunca me habían gustado los pepinillos en vinagre, pero nada daba resultado. Menos mal que la madre de la niña propuso que fuéramos a jugar a su cuarto. Yo no tenía nada en contra, pero al

cerrar la puerta del cuarto sentí tal retortijón de tripas que solo logré doblarme por la mitad y..., con perdón, me cagué encima. Por un instante miré como un imbécil a la niña, que se había quedado ojiplática, y me precipité hacia el baño. Me encerré por dentro, abrí el grifo y rompí a llorar. Al poco, mi madre y mi padre se plantaron al otro lado de la puerta, intentaron persuadirme para que abriera, pero yo había echado inflexiblemente el pestillo y no pensaba salir por nada del mundo. Quería morir en el acto, allí mismo, en el retrete, meterme entero en la taza, tirar de la cadena y hundirme para siempre. Hora y media después hablé con voz lacrimosa y expuse mis condiciones para salir. Pedí que todo el mundo se largase y que apagasen todas las luces. Cuando el pasillo se quedó en silencio, abrí de sopetón la puerta, en varios brincos llegué hasta la entrada y desaparecí en la oscuridad del barrio. En fin, esa es la historia, menudo bochorno, cagarte delante de la primera mujer de tu vida, por así decirlo.

Todos lloraron de risa con esa historia, sobre todo Sócrates. Luego le tocó a Homero, perdón, a Agatón, empezar su historia. Aquí añadiré que él hacía sus pinitos con la escritura, pero en secreto. Lo que quiere decir que las personas que estaban al tanto de esa ocupación suya eran muchas más que si hubiera publicado algo, pero bueno. Era el más joven de entre

nosotros, acababa de terminar el servicio militar, y contó que en primaria, en el cumple de un compañero de clase, tras haberse acabado las tostadas con *lyútenitza*⁴ y los dulces, decidieron jugar a la botella. Un juego atrevido en aquella época, gracias al cual, confesó Agatón, aquella noche había besado por primera vez a una chica. Y ese beso había sido la primera situación bochornosa o el primer naufragio frente al sexo opuesto. Resulta que apagaron las luces, Agatón se dispuso a besar a la chica, dio con ella de mala manera, apenas le rozó la mejilla con los labios, y cuando encendieron la lámpara todos estallaron en carcajadas porque los labios de Agatón, pringosos de *lyútenitza*, habían dejado una marca roja en la mejilla de aquella niña. Ese incidente le había costado a nuestro amigo una espera de ocho años antes de lanzar su segundo intento de besar a una chica.

Aprobamos la historia de Agatón e invitamos a Aristófanes a empezar. Por lo que recuerdo, nos contó algo que a mí me parecía haber oído en forma de chiste, pero Aristófanes juró que le había ocurrido de verdad y que, si se había convertido en una anécdota conocida, se sentiría hasta orgulloso. El caso es que la historia databa de cuando Aristófanes había trabajado unos años como cocinero en el restaurante de un hotel. Una noche se alojó en él un tipo presu-

4. Aperitivo preparado con pimientos rojos, tomates y berenjenas en forma de puré.

mido de Sofía, pidió hablar con el cocinero en persona y le preguntó qué podía ofrecerle para cenar. Aristófanes contestó muy crecilito que le podría preparar cualquier cosa que se le ocurriese. De pronto, el tipo de Sofía dijo como de broma: «Entonces quiero ojo de camello encebollado». Aristófanes reflexionó un instante y contestó que en dos horas lo tendría. El otro se quedó patidifuso y dijo que, si en dos horas le servían ojo de camello encebollado, le pagaba cien pavos a tocateja, y si no, Aristófanes tendría que pasarse la noche entera disculpándose por el micrófono de la orquesta del restaurante. Hicieron la apuesta y el huésped se fue a dar una vuelta por la ciudad mientras le preparaban el ojo. Cuando regresó al cabo de hora y pico, el hombre vio estupefacto a un camello pastando tranquilamente las violetas frente al hotel, con una venda negra en un ojo. Entró abatido en el restaurante y sacó el dinero. Pero Aristófanes, aún más abatido, fue a su encuentro y le dijo que se guardara el dinero porque el camello había podido conseguirlo, pero en esa época había tal escasez de cebollas en toda la región que no había podido encontrar ni una sola.

«Así fue como —decía Aristófanes— perdí cien levass por culpa de una cebolla y tuve que disculparme muy formalmente por el micro de la orquesta. Menos mal que no mutilé al camello del circo que estaba de paso por la ciudad: solo le vendé el ojo para tomarle el pelo a aquel impresentable.»

Esa fue la historia de Aristófanes, pero sigo pensando que se la había inventado. En todo caso, le llegó el turno a Sócrates. Guardó silencio durante un minuto o dos y, cuando todos pensábamos que iba a empezar, inesperadamente rompió a llorar. Montó un buen berrinche, como un niño pequeño, las lágrimas le rodaban de los ojos, y no sabíamos qué hacer. Al rato se calmó, se secó el rostro con la manga y dijo que no disponía de ninguna historia personal. Dijo que podía contar las historias de todos los libros que había leído, departir hasta el alba e interpretar las historias que acababa de escuchar, pero, por mucho que hurgase en la memoria, no podía sacar ni una sola historia personal.

Y nuestras historias personales son las únicas jugadas, eso fue lo que dijo, las únicas jugadas de las que disponemos para prolongar, aunque sea un poco, una partida con un final anunciado. Y, aunque estratégicamente hayamos perdido el juego, las jugadas baldías de nuestras historias siempre pospondrán el final. Aunque sean historias de naufragios, dijo Sócrates y sonrió, y sus ojos seguían húmedos. Ninguno de nosotros sabía entonces que aquel iba a ser nuestro último encuentro.

Esta es la historia de aquel tremendo simposio, tal como me la contó el doctor. Unos días después, encontrarían al hombre de los muchos nombres ahogado en el río. Su cuerpo estaba enredado entre los

juncos, a la altura del puente del parque. Se rumoreaba que, en sus interminables vigili­as nocturnas, podría haber sido testigo involuntario de un robo o un asesinato, que no faltaban en la ciudad. O tal vez solo había intentado adelantarse con una jugada al destino, y ahora está pescando, junto con Heráclito, en algún Tundzha celestial. Al día siguiente, en la ciudad apareció una necrológica que informaba del fallecimiento de Gaustín, Gosho el Centro, Sócrates, Platón, Heráclito, Diado Mraz y Papá Noel.